



CAPÍTULO VIII

El venerable Párroco de Ars y la Saleta.

Es indudable que el Párroco de Ars fué uno de los primeros que creyeron que la Santísima Virgen se había aparecido á los pastorcitos de los Alpes, y que se regocijaron con esa prenda de esperanza dada al mundo. Tenemos la prueba de esta verdad en una carta escrita á Mons. de Bruillard, Obispo de Grenoble, en la cual declara el santo Párroco haber tenido gran confianza en Nuestra Señora de la Saleta, y haber bendecido y distribuido gran número de imágenes y medallas que representaban la escena de la aparición.

En el otoño de 1850 llegó á Ars Maximino, en ocasión que el abate Raymond desempeñaba las funciones de Coadjutor del santo Párroco. Este, con el fin de probar la buena fe del pastorcito, le recibió con seriedad, manifestó que no creía en la aparición, y, entre otras palabras poco agradables, le dijo: «Tú podrás haber engañado á otros, pero al Párroco de Ars no le engañas.» Le refirió una historieta de ciertas niñas que habían fingido una aparición hacía treinta años, y que después confesaron su impostura.

Apurado Maximino hasta este extremo, marchóse de mal humor, diciendo como otras veces: *Pues bien: supongamos que soy un mentiroso, y que nada he visto.*

Al día siguiente tuvo Maximino dos entrevistas con el señor Párroco. ¿Qué pasó entonces? Se ignora. Lo que sabemos es que desde aquel momento rehusó el santo Párroco firmar las estampas de la Saleta, y se negó á distribuir sus medallas. Por eso se decía que no creía en el milagro de la aparición. Cuando se le pedían explicaciones, contestaba invariablemente: *Si lo que Maximino me ha dicho es cierto, no se puede creer en la aparición.*

Esta noticia se extendió bien pronto á todas partes, con alegría de unos y dolorosa extrañeza de otros. Pero, en último resultado, ¿qué había hecho Maximino? Mucho se ha escrito sobre ese particular; pero tal vez el abate Jouanier y los Misioneros de la diócesis de Belley han estado en mejores condiciones que los demás para conocer la verdad. Dos veces hemos tenido sobre este delicado asunto una conversación seria y á fondo con el señor Párroco, en presencia de cierto número de testigos, que deben recordar, como nosotros, los términos de esa conversación confidencial. Vamos á referirlos con toda sencillez y verdad: si variamos alguna cosa, será por defecto de nuestra memoria y por los seis años que han transcurrido desde entonces.

«Señor Párroco, ¿qué debemos pensar del suceso de la Saleta?—Amigo mío, vos podéis pensar lo que queráis, no es un artículo de fe. Yo pienso que es preciso amar mucho á la Santísima Virgen.—Voy á haceros una pregunta, á la que os dignaréis contes-

»tarme, si no falto á la discreción. Decidme: ¿qué ha
»pasado en la entrevista que tuvisteis con Maximino,
»y que tanto ruido ha hecho?—Si Maximino *no me ha*
»*engañado*, no ha visto á la Santa Virgen.—Pero, se-
»ñor Párroco, dícese que el señor Raymond ha morti-
»ficado mucho á ese niño, y que éste, para que le de-
»jasen en paz, concluyó diciendo que no había visto
»nada.—Yo no sé lo que el señor Raymond ha hecho;
»pero sé de mí que yo no le he atormentado. Cuando
»se presentó á mí, sólo le hice esta pregunta: ¿Eres
»tú, amigo mío, el que ha visto á la Santísima Vir-
»gen?—Maximino no decía que hubiese visto á la
»Santísima Virgen, sino á una gran señora; y en eso
»es posible una mala inteligencia.—No, amigo mío,
»no: el niño me ha dicho que *no era verdad; que nada*
»*había visto*.

—»Yo le repliqué:—¿Y cómo no habéis exigido de
»él una retractación pública?—Le dije: Hijo mío, si
»has mentido, debes retractarte.—No es necesario,
»me respondió: eso hace bien al pueblo, y hay mu-
»chos que se convierten...—Entonces añadí: Amigo
»mío, aquí no se puede obrar así; es preciso que yo
»consulte á mi Obispo.—Bien, señor Párroco, consul-
»tad; pero no merece la pena.—En estos términos es
»como Maximino hizo su declaración.

El Beato Vianney nos decía: «No nos atormente-
»mos con eso: si no es verdad, vendrá al suelo por sí
»sola; mas si la obra es de Dios, los hombres no po-
»drán destruirla.»

Hemos recogido todas esas palabras del venerable
Párroco, y jamás le hemos oído otra cosa. Es induda-
ble que ha creído á Maximino cuando afirmó que *no*
había visto á la Santa Virgen; que nada había visto. Y

esta declaración precisa y categórica produjo en él
una gran perplejidad.

Estaba resuelto á creer, tanto por propia incli-
nación como por el mandamiento de Monseñor el
Obispo de Grenoble y el respeto debido á su autoridad
episcopal; pero en su rectitud y sencillez le era im-
posible persuadirse de que no había oído lo que tan
clara y distintamente le dijo Maximino, y luchaba
sin esperanzas contra las crueles dudas causadas por
sus palabras. Esto explica también algunas respues-
tas algo discordantes. Cuando consideraba el proce-
der del Obispo de Grenoble y el valor de aprobación,
el señor Vianney respondía que se podía creer; per-
mitía la peregrinación á la Saleta, y en casos dados
excitaba á ella. Si se le precisaba á dar su opinión
personal, evitaba la respuesta. Cuando no podía elu-
dira por la categoría de los que le preguntaban, re-
caía en las mismas dudas, y decía: *Si lo que el niño*
me ha dicho es cierto, no se puede creer. Cuando algu-
nas personas indiscretas le instaban para que les con-
fiasen los detalles de su entrevista con Maximino y re-
pitiese las mismas palabras que éste había dicho, le
hemos visto algunas veces pasar su arrugada mano
sobre la frente, como para borrar de ella un recuer-
do doloroso, y decir con tono suplicante, que parecía
pedir dispensa: «Esto me mortifica, me da dolor de
»cabeza.»

El señor Párroco de Ars tenía demasiado conoci-
miento de las cosas divinas para que no le moviesen
los caracteres de verdad que resaltaban en los suce-
sos de la Saleta: su piedad le inclinaba á dar fe á ese
testimonio de misericordia, presentado por Dios á los
hombres; pero la retractación de Maximino sonaba en

su oído y torturaba su alma. Hubiera deseado borrar de la memoria ese recuerdo; sabía el abuso que de su nombre se hacía; sentía interiormente y con viveza que la Madre de Dios pudiera contristarse con eso, y entraba en perplejidades, turbaciones y congojas increíbles.

Ocho años duró esta prueba, y por fin llegó un día en que se supo que las dudas y fluctuaciones del santo sacerdote habían cesado. Al principio no se dió crédito á ese cambio, pero fué preciso rendirse á la evidencia de las pruebas. En el mes de Octubre de 1858 el presbítero Foccanier escribía á un individuo del Tribunal de Marsella, conocido por diferentes obras sobre la Saleta, lo siguiente:

«Después de mi última carta he recibido del Pá-
»rroco de Ars una explicación más clara de la vuel-
»ta á su fe primitiva, que le había quitado la desgra-
»ciada retractación de Maximino. He aquí algunos
»detalles que os agradarán: «Me ha dicho el señor Pá-
»rroco que había pedido á Dios le librase de la duda
»que, por respeto á la autoridad episcopal, rechazaba
»en su espíritu. Durante quince días, añadía, he expe-
»rimentado una gran turbación, que no cesó hasta que
»he dicho *Credo*. He deseado hallar ocasión para ma-
»nifestar mi fe á cierta persona de la diócesis de Gre-
»noble, y he aquí que al día siguiente llega á la sa-
»cristía un sacerdote que no conocía, y me pregunta
»si se puede y se debe creer en la Saleta. Le he con-
»testado: «Sí: yo he pedido una gracia temporal á Dios,
»por la intercesión de la Santa Virgen, invocada bajo
»el título de Nuestra Señora de la Saleta, y la he obte-
»nido.»

A pesar, pues, de la retractación de Maximino, el

señor Párroco de Ars cree en la Saleta. He ahí un nuevo *Incidente de Ars*, que de seguro causará tanta alegría como inquietud causó el antiguo.

El presbítero Sr. Gerin, Arcipreste de la Catedral de Grenoble, llegó á Ars el 12 de Octubre, y, según el informe que ha dado, he aquí las palabras con que le recibió el santo Párroco:

«Os doy gracias por haber venido á verme. Ten-
»go muchas cosas que deciros de Nuestra Señora de
»la Saleta. No me es posible explicaros las congojas
»y tormentos por que ha pasado mi alma con este mo-
»tivo. He sufrido más que cuanto podáis imaginaros.
»Para daros idea de esto, suponed un hombre en el
»desierto y en medio de un horroroso torbellino de
»arena y polvo, sin saber á qué lado inclinarse. Esa
»ha sido mi situación hasta que, á pesar de tantas
»agitaciones y sufrimientos, exclamé súbitamente.
»¡*Credo!* Y en el mismo instante recobré la paz y el
»reposo que había perdido enteramente. He pedido á
»Dios me enviase de Grenoble un sacerdote instruido
»y capaz, para abrirle mi corazón y depositar en su
»alma mis disposiciones y sentimientos sobre este de-
»licado asunto. El sacerdote vino al día siguiente.
»¿Cómo se llama? No recuerdo su nombre: es un pro-
»fesor del Seminario. Ahora no me es posible dejar de
»creer en la Saleta. He pedido signos, y se me han
»dado; se puede, pues, y se debe creer en la Saleta.»